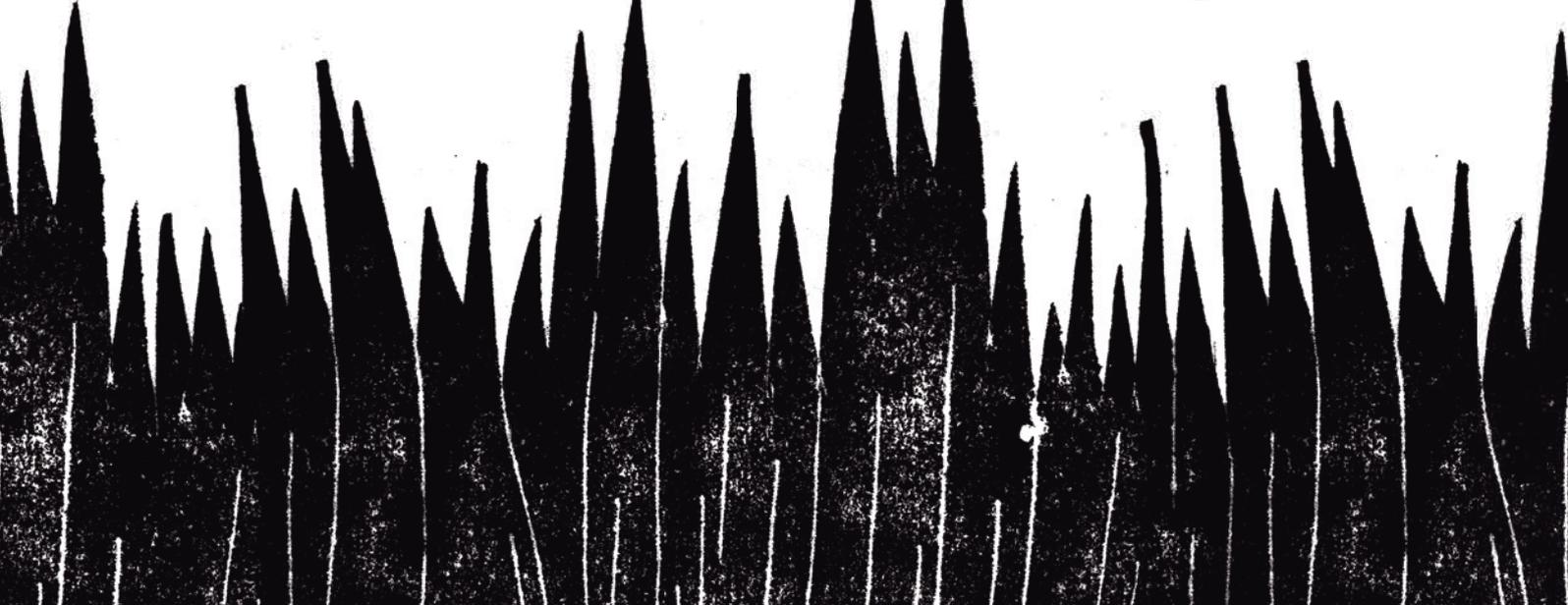


El Tigrito



«...cuando este animal se siente acorralado por sus perseguidores y ve que su vida corre peligro, se arrodilla y levanta la mano derecha donde se puede ver un anillo de matrimonio...»

Esta leyenda, difundida por Humberto Gallegos, cronista de la ciudad de Píritu, se ubica entre la Quebrada de Leña y el caño Tucuragua, en una región que existe aún y que en su honor hoy se llama El Tigrito.

Hubo una época en que la vegetación de esa zona era muy intrincada y peligrosa. Allí vivía una pareja, y aunque el hombre no trabajaba, nunca les faltaba la carne, pues este solía salir de cacería y sin esfuerzo alguno traía las mejores piezas.

Una tarde en que el hombre, como de costumbre, se dedicaba a mecerse despreocupadamente en su hamaca y propiciaba el vaivén apoyando el pie en los horcones del rancho, la mujer lo recriminó porque él no trabajaba un conuco como todos los demás hombres del poblado, que ella ya estaba cansada de comer carne mientras en los otros ranchos comían caraotas, arepas y hortalizas. Él no prestaba atención al reclamo y se apoyaba con mayor fuerza del horcón para mecerse más duro, hasta que esta, enardecida, le manifestó que ella estaba intrigada con respecto a su forma de cazar, porque jamás llegaba sucio, ni mojado, ni llevaba escopeta ni linterna cuando iba de cacería. El hombre respondió: Ese no es su problema, lo importante es que usted no pasa trabajo y le sobra la comida. La mujer, halando fuertemente las cabuyeras de la hamaca, preguntó: ¿Pero cómo hace usted para cazar tantos animales? Muy fácil, le dijo, yo «carrereo» a los animales y después que los canso los agarro. Pero ella no quedó satisfecha con esta respuesta.

Cuando el hombre se fue de cacería, la mujer lo siguió entre los árboles y estupefacta vio cuando su marido, después de mirar en todas las direcciones, se introducía en un profundo hueco que el paso del tiempo había hecho en el tronco seco de un viejo samán. La mujer esperó presa de gran curiosidad, y después de transcurridos varios minutos vio que del hueco del árbol salía un tigre feroz. Temió por la vida de su marido, pero esperó pacientemente. Cuando consideró que la fiera se había alejado lo suficiente, corrió al hueco y se asomó. Entonces vio con verdadero asombro que adentro se encontraba la ropa del hombre y unas papeletas con polvos. La mujer, llena de dolor por la presunta muerte de su marido, tomó las prendas de vestir y las papeletas y volvió a su casa. (Se supone que estas papeletas contenían unos polvos mágicos con los que él podía recobrar su estado normal.)

Se dice que el hombre quedó encantado y muchos cazadores lo han visto por la Quebrada de Leña, saliendo hacia el río Acarigua, pasando por El Danto, Choro, La Flecha y Yacurito. Dan fe de que ese tigre no tiene cola, por eso lo llaman «el tigre mocho». También le dicen «el tigre cincoño», porque sobre terreno blando se puede ver que las huellas de sus patas delanteras corresponden a una mano de hombre con cinco dedos. Otros aseguran que cuando este animal se siente acorralado por sus perseguidores y ve que su vida corre peligro, se arrodilla y levanta la mano derecha donde se puede ver un anillo de matrimonio que resplandece al roce del sol o ante la luz de la linterna. Con este comportamiento tan inverosímil no queda lugar a dudas de que este es el tigre de la leyenda. El hombre convertido en tigre.